

ala delta

Álvaro DEL AMO
Juan Ramón ALONSO

CAPERUCITA CUENTA CAPERUCITA



Todos conocemos el cuento de *Caperucita Roja*. Pero pocos saben cómo terminó de verdad. Imaginaos años y siglos reproduciendo la misma historia: el pobre lobo merendándose a la abuela, el cazador abriéndole la tripa. Está claro que los personajes del cuento no podían seguir así eternamente.

Álvaro del Amo es conocido escritor, dramaturgo y novelista. Su labor literaria ha estado orientada siempre hacia el campo de adultos y ésta es su primera incursión en el campo infantil.



Álvaro del Amo

Caperucita cuenta Caperucita

Ala Delta: Serie Roja - 92

ePub r1.0

Titivillus 22.10.2020

Álvaro del Amo, 1989

Ilustraciones: Juan Ramón Alonso

Diseño de cubierta: José Antonio Velasco

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Álvaro del Amo

**CAPERUCITA
CUENTA
CAPERUCITA**

Ilustrado por:
Juan Ramón Alonso



—Tu mamá te llama, Caperucita.

Hace rato que el gato Javier oye la voz de la mamá de Caperucita, que grita asomada a la ventana, con su voz de trueno.

—Llevo un rato escuchándola, amigo Javier —**confiesa Caperucita**—, pero no quiero atender a mi mamá.

—¿Por qué no? —**pregunta el gato Javier**—. ¿Acaso no te asusta su vozarrón? Cuando ella chilla, las casas de la calle tiemblan como si hubiera un terremoto.

—Mira, Javier, carne de gallina. Los gritos de mi mamá me ponen la carne de gallina.

—¿Y aun así te haces la remolona?

—Sí, Javier, porque hoy es jueves y ya sabes lo que me toca hacer los jueves.



El gato Javier se apiada de Caperucita. Procura animarla, utilizando, con su mejor voluntad, razonamientos de gato.

—Pobre Caperucita, no me acordaba. Jueves, qué catástrofe. No te apures. El invierno se aleja y en el bosque ya no sopla esa brisilla de hielo. El camino está seco y los ratones de campo, tan sabrosos, salen muchas tardes a tomar el sol.

La simpatía del gato Javier no logra consolar a Caperucita.

El gato Javier sonríe y demuestra, con su meliflua vocecilla, su buen conformar.

—Ya sé, amiga Caperucita, que no quepo. Tu mamá — que ¿la oyes?, sigue bramando al final de la calle— tiene la pésima costumbre de abarrotar la cesta. ¿No te pesa?

—Mira la rozadura que tengo en el brazo, Javier.

Caperucita muestra a su amigo el gato una costra de color rosa en forma de habichuela.

—Qué lástima. Si pudieras llevarme en la cesta, amiga Caperucita, haríamos el camino charlando y yo, de vez en cuando, saltaría alegremente para zamparme algún ratón de campo, mi plato favorito.

—¡Caperuza! ¡Caperuza!

Los gritos de la mamá de Caperucita, más fuertes cada vez, agitan las ramas del árbol que cobija la charla de los dos amigos. Las hojas tiemblan, muy asustadas.

—¡Caperuza! ¿No me oyes?

Caperucita, de mala gana, se despide de su amigo.

—Adiós, Javier, me voy. Cuando pierdo el diminutivo, la cosa se pone fea. Mamá empieza a llamarme Caperuza en el momento de enfurecerse. Mientras sigo siendo Caperucita, puedo permitirme desobedecer un poco. Como Caperuza, me expongo a que mi mamá me coma cruda.

—Adiós, Caperucita.

El gato Javier pega un brinco y se sube al árbol, mientras Caperucita se apresura hacia su casa.

La calle, el árbol y Caperucita sienten un escalofrío cuando la voz de trueno vuelve a gritar:

—¡Caperuza! ¡Que sea la última vez!





—¿Dónde te habías metido?

La mamá de Caperucita se ha quedado un poco ronca. Ahora su voz es áspera, y no tan fuerte.

—Me he encontrado con Javier en la plaza y nos hemos entretenido charlando.

—¿Javier, el gato? —La mamá de Caperucita levanta con un gesto brusco el jarro de la miel—. ¿Por qué te empeñas en tratar con bichos? Siempre te recomiendo niñas y niños de tu edad, y tú ni caso. Hazte amiga de María Rosa, la hija del cartero.

Caperucita soporta con paciencia las recomendaciones de su mamá, aunque no pierde ocasión de discutir las.

—María Rosa es tonta, mamá.

—Bueno, pues Josefina o María. No tienes amigas, Caperucita.

Caperucita, contenta de haber recuperado el diminutivo, no da su brazo a torcer.

—¿Cómo que no, mamá? Tengo amigas y amigos. Varios y muy buenos. Javier, Margarita, Fermín, Celia y Paco.

La mamá de Caperucita deposita el jarro de la miel sobre la mesa con tanta impaciencia que la cafetera se asusta, el perol refunfuña y el frasco de cristal se prepara para lo peor.

La ronquera de la mamá de Caperucita se tiñe de indignación.

—Por favor, Caperucita. No son ésos los amigos que me gustan para ti. Javier es un gato callejero, Margarita una gorrina, Fermín un búho, Celia una yegua y Paco un topo, ¿o es un tejón?

—Un tejón no, mamá. Una nutria. Paco es una nutria.

—Es igual. Se puede ser nutria y saludar a la señora de la casa. La última vez que lo trajiste a merendar se escondió bajo el fregadero cuando aparecí.

—Las nutrias son a veces muy tímidas, mamá.

—Bueno, bueno, que se te hace tarde.



Todos los jueves, Caperucita recorre cinco leguas para visitar, en la aldea vecina, a su abuela, una anciana inapetente que rara vez aprecia el contenido de la cesta, exquisitos manjares que se renuevan cada semana.

Caperucita se asoma al interior de la cesta, levantando la servilleta de lino.

La mamá de Caperucita sabe que la abuela come poquísimo, pero nunca se da por vencida. La energía que demuestra en su voz de trueno y la comprensión, un poco reticente, con que acepta a los amigos de su hija, se transforman en una insistencia admirable para imaginar, cada jueves, un menú diferente que llevar a la abuela.



La abuela apenas prueba bocado y la mamá abarrota la cesta con golosinas siempre distintas, con la esperanza de que un jueves vuelva Caperucita contando:

—Mamá, no sabes qué éxito la empanada. La abuela se la ha comido enterita. A mí me ha ofrecido un pedazo minúsculo. Ni siquiera me ha preguntado si era de bonito o de jamón.

Hasta ahora, el relato de Caperucita ha sido poco halagador:

—Mamá, la abuela ni se ha molestado en averiguar lo que traía. Me ha dado seis besos como siempre, pidiéndome que vacíe la cesta en la fresquera. No imaginas lo que es aquello. Entorno la puertecita de madera blanca sin saber lo que voy a encontrarme. Me dedico a tirar lo que está peor. El pollo de hace quince días, intacto y cubierto de una capa de verdín. El flan de la última vez se ha convertido en piedra; tuve que arrojar también el plato a la basura. No te molestes, mamá, en hacer croquetas; crían unos bichitos muy abundantes y nerviosos, que no hay modo de exterminar.

Y así una semana y otra. La mamá ya no sabe qué inventar. Ha optado por poner siempre lo mismo: tortas y miel.

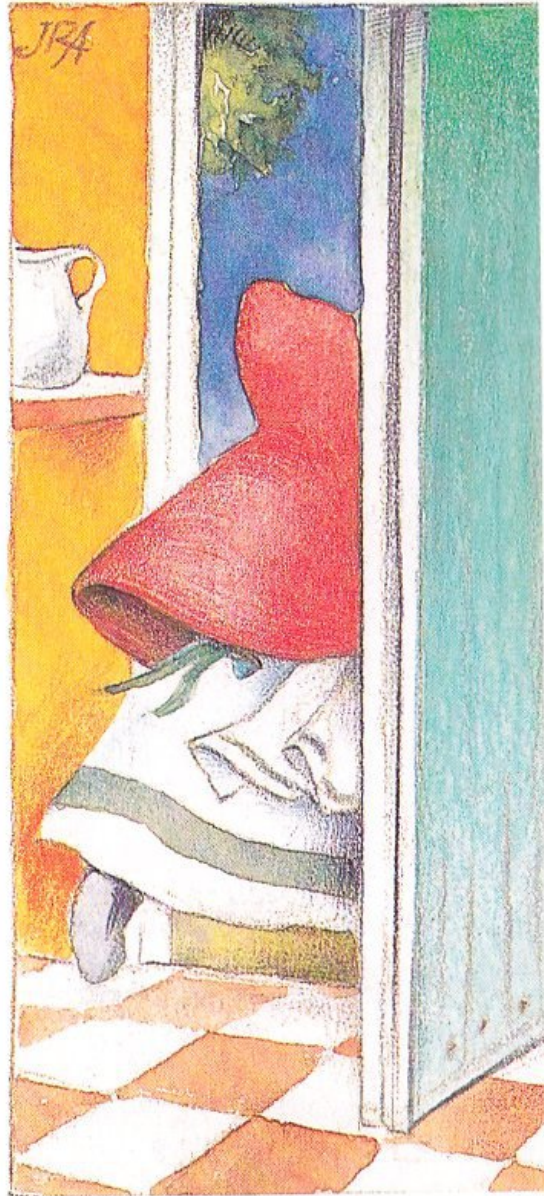
—Tortas y miel—comprueba Caperucita, alejando la nariz de la cesta—. A ver si este jueves hay más suerte.

Caperucita agarra la cesta resueltamente y la cuelga de su brazo izquierdo, donde la rozadura es aún muy leve: no ha alcanzado, como en el brazo derecho, la categoría de costra de color rosa en forma de habichuela.

—Adiós, mamá, hasta la tarde.

Caperucita abre la puerta verde y en un segundo camina a buen paso bajo el cielo azul.







Caperucita comprueba, antes de entrar en el bosquecillo, que su amigo el gato Javier tenía razón. Ya no sopla la brisa de hielo, hay pocas nubes, y con su paso rápido pronto llegará a la aldea donde vive su abuela inapetente.

Caperucita se acuerda del Lobo. Antes, cuando ha enumerado ante su madre la lista de sus amigos, no ha citado al Lobo. Pobre Lobo. No es que se haya olvidado de él. Ha omitido su nombre porque su madre no entendería la amistad que les une. Caperucita y el Lobo son uña y carne. Tantas veces ha aparecido el Lobo en su camino, tratando de engañarla, y tantas veces Caperucita lo ha engañado a él, que acabaron por hacerse amigos.

Ya hace tiempo que el Lobo no merece el apodo de «feroz». Lo único feroz que tiene el Lobo es su apetito. El Lobo padece normalmente un hambre feroz. Empieza a envejecer y debe vigilar su dieta. Pasó la época en que podía comer de todo; no sólo gallinas, ovejas y conejos, sino también hierbas y flores, bayas y frutas verdes. Ahora ya no. Caperucita hace un mes que no le ve. La última vez se lo encontró acurrucado en un tronco de árbol, reponiéndose de una indigestión de moras.



Caperucita piensa: «Pobre Lobo», cuando, de repente, entre unos árboles, lo ve. Parece que jadea. La lengua le cuelga como un fuelle sin aire. Está despeinado y tiritita un poco. Caperucita oye, mientras se acerca, cómo castañetean los dientes amarillos del Lobo.

—Caperucita, qué alegría —saluda el Lobo, agitando en el aire un sombrero que robó a un espantapájaros—. ¿Qué día es hoy?
¿Jueves?

—Claro, Lobo, ya sabes adónde voy.

Caperucita observa a su amigo y piensa:



«Qué pena me da. Se ha quedado en los huesos, chupadísimo. Y qué bracitos tan finos. Ha perdido pelo y su mirada luce menos; está turbia.

Encuentro al Lobo francamente escuchimizado. Lo peor, la pajarita. La pajarita es patética y el chaleco se cae a pedazos. ¿Qué le digo yo a este pobre anciano?».

Caperucita intenta disimular su preocupación y ofrece al Lobo una mentira piadosa.

—Ya veo que te has recuperado.

El Lobo no es una alimaña quejica. Al revés. No se lamenta nunca. Distrae sus achaques negando el paso del tiempo. Siempre dispuesto a jugar, a cansarse, aunque pierda el resuello, aunque las piernas, las patas, le fallen.

El Lobo descubre que Caperucita lo observa preocupada y, para tranquilizarla, propone un juego. El juego «A ver quién llega antes a casa de la abuelita», que los dos conocen muy bien.

—Tú por el atajo y yo por el molino —dice Caperucita, facilitando a su contrincante el camino más corto.

—De acuerdo.

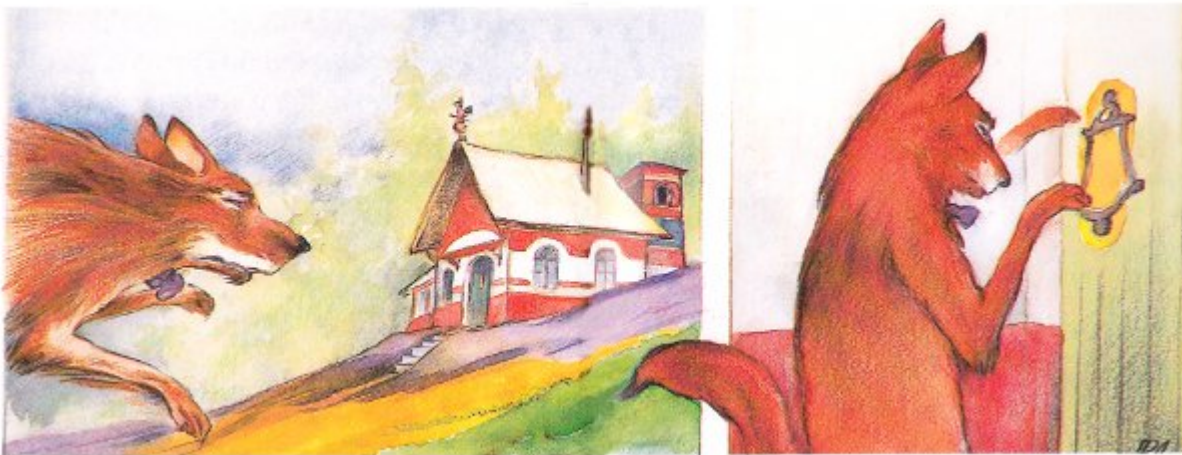


El Lobo suelta un gruñido ahogado y echa a correr con evidente esfuerzo. Pierde el sombrero del espantapájaros y algo más. Del bolsillo del raído chaleco ha saltado un objeto menudo, que va a parar entre unas flores. Caperucita se agacha a recogerlo. Es un paquete pequeño, mal envuelto en un periódico atrasado.

Caperucita sonríe con tristeza. El Lobo acaba de perder sus píldoras contra el reuma.



El Lobo llega a casa de la abuela sin aliento. El último tramo del camino lo ha hecho a trompicones, aprovechando la cuesta abajo, con la vista nublada y el paso incierto.



«Ya no estoy para estos trotes», piensa el Lobo, que llama a la puerta, accionando la aldaba, con la esperanza de una invitación a almorzar.

—¡Adelante! —anima la abuela, desde su cama, incapaz de ocultar su decepción cuando, un instante después, ve recortarse la figura flaca del Lobo en la puerta—. *Ah, jeres tú, Lobo?*

El Lobo jadea para recuperar el aliento; de sus fauces agotadas no brota más que un leve quejido.

—Pasa, hombre, pasa —invita la abuela—. *No te quedes ahí en la puerta como un pasmarote, que hay corriente.*

El Lobo pasa, cierra la puerta y se sienta, aún resoplando, en un taburete, a los pies de la cama de la abuela.



—Tienes mal aspecto, Lobo —dice la abuela decepcionada—. Espero a Caperucita.

—Llegará enseguida —anuncia el Lobo, respirando entrecortadamente.

—Vendrás hambriento, Lobo —asegura la abuela, en un tono de anciana cascarrabias, pero sin la menor acritud; y añade, con sincera curiosidad—. ¿Por qué eres tan tragón, Lobo?

El Lobo, más tranquilo, parece avergonzado.

—No lo sé, abuela.

—No lo sé, no lo sé... ¡Pamplinas! A ciertas edades se mantiene uno con casi nada.

—No me acostumbro a no comer abuela —se disculpa el Lobo, frotándose las pezuñas fatigadas por la carrera.

—Pues aquí no esperes gran cosa. Yo como poco. ¿Qué haces?

El Lobo deja de frotarse las pezuñas. La abuela sigue regañándole.

—¿Qué tienes, el baile de San Vito?

El Lobo, tímidamente, se atreve a responder.

—No, abuela; flojera.

—Gazuza lo llamo yo. Asómate a la fresquera, a ver si encuentras algo comestible.

El Lobo obedece y husmea en la fresquera. La abuela pregunta con picardía:

—¿Qué ves?

—Un tomate muy rojo.

La abuela se echa a reír.

—No es un tomate muy rojo, sino una manzana muy pocha. ¿Qué más?

—Un pez.

—¿Qué? —**Se extraña la abuela.**

—Una especie de pez.

La abuela se está divirtiendo de lo lindo.

—Te confundes, Lobo. Es un manojo de espárragos: con el tiempo se encogen y retuercen. ¿No hay otra cosa?

El Lobo mete la cabeza en la fresquera y anuncia con escaso entusiasmo:

—Una uva.

La abuela suelta una sonora carcajada.

—No das una, Lobo. ¡Una uva! Es una castaña pilonga. No creo que esté putrefacta. Cómetela, si te apetece.

El Lobo, a falta de algo más sustancioso, se lleva a la boca la castaña pilonga y empieza a masticarla con avidez.

La abuela, después de haberse reído un rato del Lobo, le dice amablemente:

—Que aproveche.

El Lobo traga la castaña pilonga con dificultad y, más hambriento que antes, sin pensarlo dos veces, pega un brinco y se zampa a la abuela de un bocado.





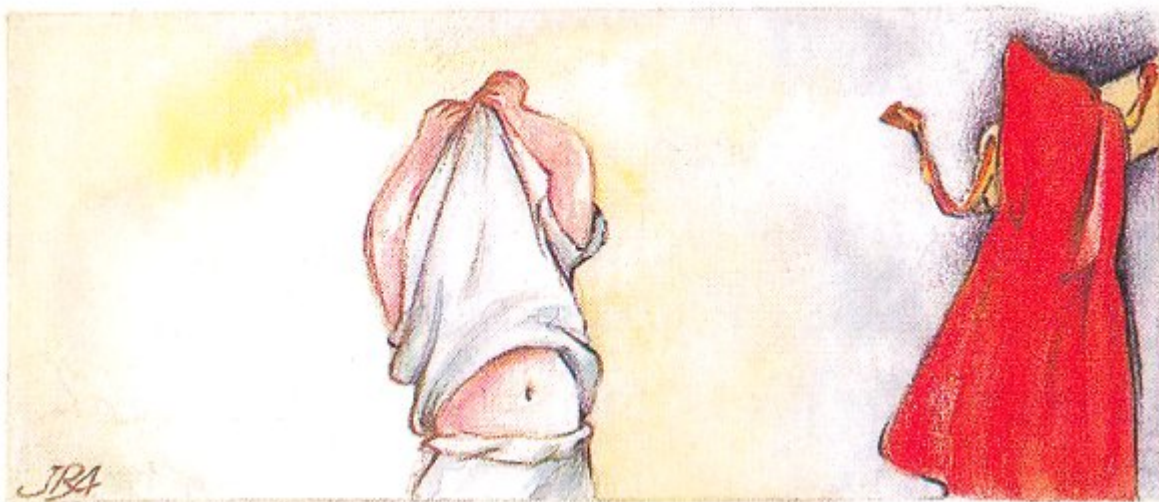
Llega Caperucita, que ha venido despacio, haciendo tiempo, y se encuentra al Lobo en la cama de la abuela.

«Hasta se ha puesto el camisón y el gorro», comprueba Caperucita sin decir nada.

—Vendrás cansada, Caperucita —asegura el Lobo, imitando torpemente la voz de la abuela—. Ven a acostarte un rato a mi lado.

«No me apetece nada seguir jugando a Caperucita Roja», piensa Caperucita, quitándose el vestido. Luego dice en voz alta:

—Pero que sea la última vez.

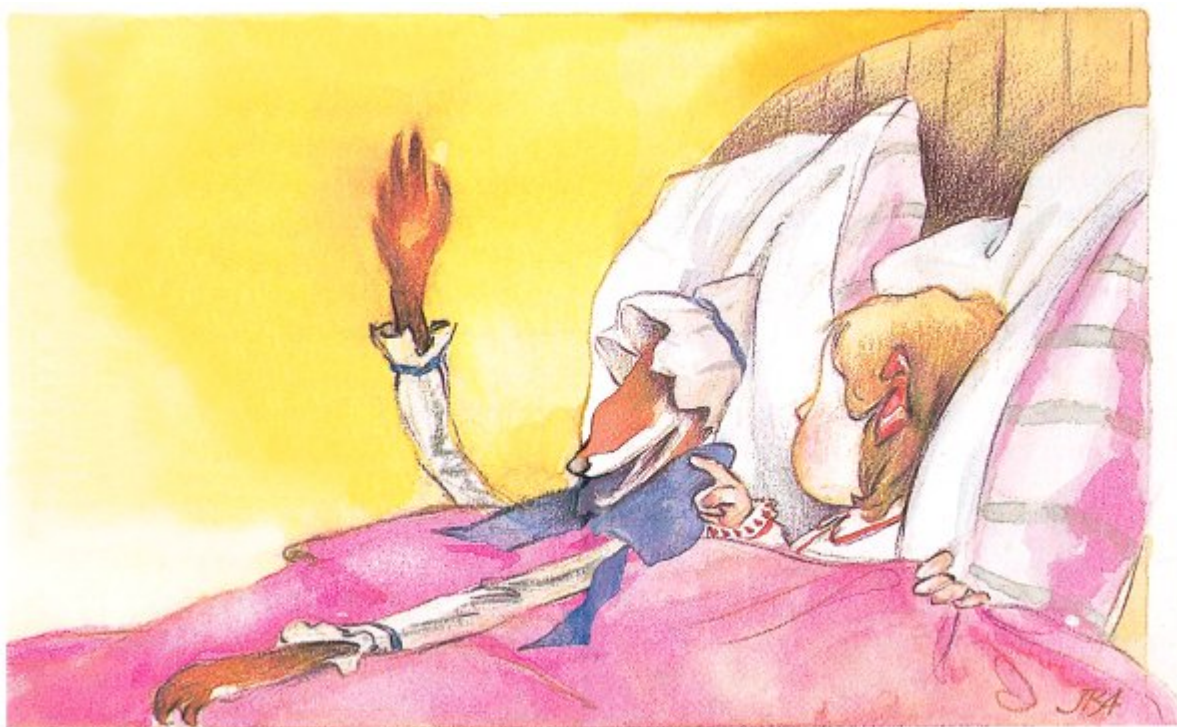


El Lobo no responde y hace sitio a Caperucita en la cama de la abuela. Caperucita se acuesta junto al Lobo, que, con gorro y camisón, parece más flaco, viejo y hambriento que nunca.

—¡Qué ojeras más grandes tienes! —exclama Caperucita ante el rostro demacrado y los ojos hundidos del Lobo.

—Son para verte me... —empieza a decir el Lobo.

Caperucita le interrumpe.



—Déjate de bobadas, Lobo. Estoy harta de jugar a Caperucita y el Lobo. Me preocupa tu aspecto, si quieres que te diga la verdad. Ya no tienes edad de correr, ni de disfrazarte, ni de repetir las frase: del cuento. Necesitas cuidados, buenos alimentos, una cama caliente, y hasta un camisón de lana como el que llevas. Tampoco el gorro te sobra. Las orejas se te quedan frías cuando cae la tarde.

El Lobo, muy serio, reconoce que Caperucita tiene razón y asiente, moviendo de arriba abajo la cabeza tocada con el gorro. Nunca el Lobo ha aparecido tan triste y tan anciano.

—Antes, Lobo, todo lo tenías grande—**sigue diciendo Caperucita con voz dulce, procurando consolar a su amigo—**. En el cuento disponías de órganos distintos de buen tamaño; ojos para verme mejor, brazos para abrazarme mejor, boca para comerme mejor. Ahora ya no es lo mismo, Lobo, reconócelo.

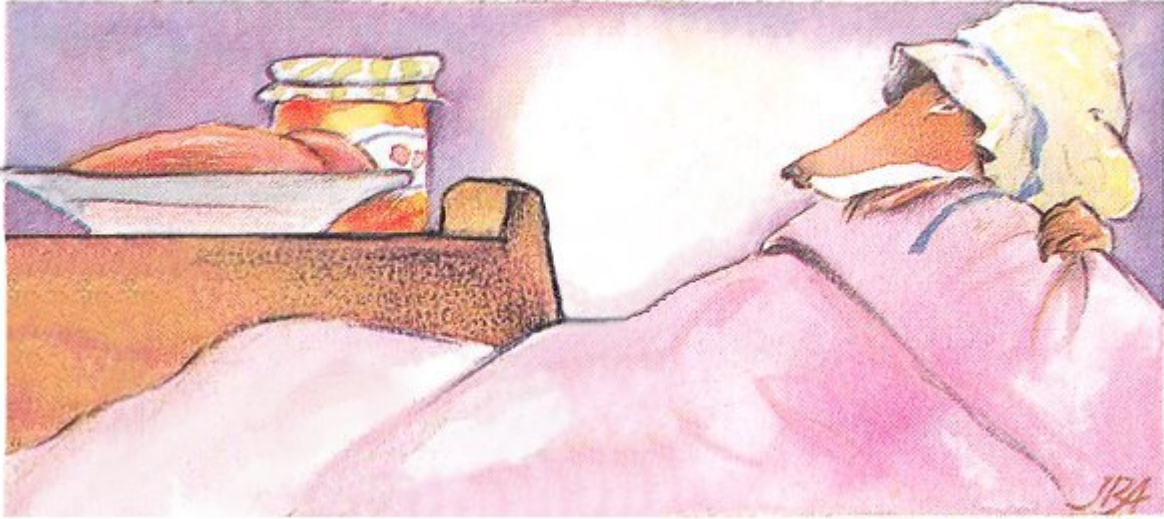
—Es verdad—**asiente el Lobo, compungido; y añade, preocupado—**. ¿Tan mal me encuentras?

—Todo lo que antes funcionaba «mejor», resulta ahora «peor». Los ojos, que antes te servían para ver mejor que nadie, aparecen ahora hundidos en el fondo de unas ojeras de pésimo color. Los brazos, o patas, que garantizaban unos abrazos rápidos y firmes, son ahora dos fideos de los que cuelgan unos pelillos canosos. La boca...

—No sigas, Caperucita—**ruega el Lobo, que presenta signos evidentes de fatiga—**. No sigas, que me voy a echar a llorar.

—Eso tampoco, Lobo, no seas niño.

Caperucita se levanta y ofrece al Lobo una torta con miel, que saca de la cesta que ha traído a la abuela.



El Lobo se come ávidamente los manjares y se queda dormido como un bendito.

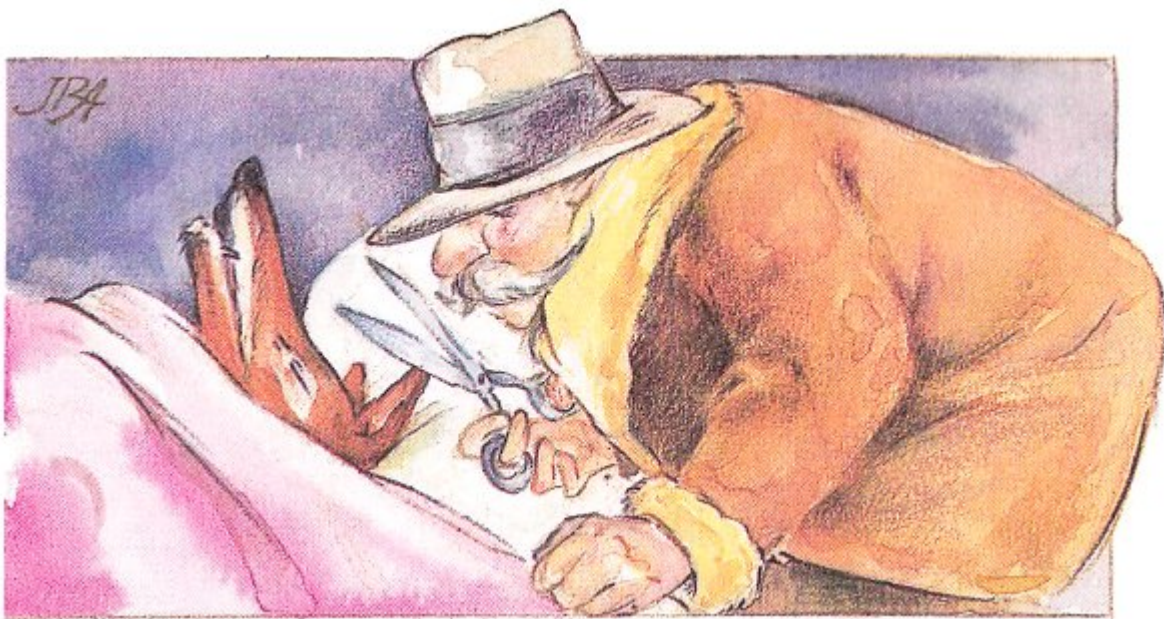
Caperucita sale a la puerta de la casa y llama a Rigoberto, el guarda forestal.

—¡Rigoberto!

Rigoberto, al ver a Caperucita en la puerta de la casa de la abuela, ya sabe lo que tiene que hacer. Mientras se acerca a buen paso, prepara sus tijeras, que siempre lleva bien afiladas.

—Buenos días, Caperucita —saluda Rigoberto, blandiendo las tijeras—. Aquí me tienes, dispuesto a abrir la tripa al Lobo una vez más.

Se ve que Rigoberto, el guarda forestal, ha repetido muchas veces la misma operación, porque corta el vientre del Lobo con gran pericia.



Sale la abuela muy sonriente y Caperucita cose rápidamente el vientre del Lobo.

—Había pensado instalarle al Lobo una cremallera en la tripa—**propone Rigoberto**—. Así la abuela podría salir con facilidad. La piel del pobre Lobo ya no está para tanto zurcido.

—Buena idea—**aprueba la abuela mientras hace un par de flexiones para desentumecerse**—. Una cremallera, además, cerraría mejor. Los cusñacos de mi nieta no son muy perfectos. El aire se cuela. Esta vez hacía fresco en el interior de la tripa del Lobo.

El Lobo, a todo esto, ha seguido durmiendo sin enterarse de nada.

—Miradlo—**ruega Caperucita**—, como un bebé. Nada de cremalleras, pobrecito. A ver si lo convencemos entre todos para que deje de jugar a Caperucita. Ya se le ha pasado la edad. El cuento exige un lobo joven, un lobo incansable.

Hace falta mucha salud para esperarme en el bosque helado, para llegar hasta aquí corriendo, para zamparse a una abuela sin masticar... Si os parece, vamos a dejarle dormir un rato más.



Una tía mía, la tía María Elena, dirige un asilo de animales ancianos. Hasta ahora no han admitido ninguna fiera. Sé que hay conejos, canarios, tortugas, incluso una oca que se llama Felisa. Los leones, los elefantes y las boas aparecen expresamente prohibidos por el reglamento, pero sé que hay un oso desdentado esperando plaza. La tía María Elena, que es una mujer muy serena y animosa, quiere ampliar la valla del corral para acoger a una pareja de jabalíes, personas por lo visto muy educadas, con el estómago delicado por comer bellotas frías.

La abuela y Rigoberto, el guarda forestal, se mostraron plenamente de acuerdo con el plan propuesto por Caperucita.



El Lobo acabó sus días muy bien atendido en el asilo de animales ancianos de la tía María Elena.



La abuela se alimentó desde entonces con tortas y miel, y clausuró para siempre, con un grueso candado, la fresquera donde todo se estropeaba.

Caperucita, que visitaba a la abuela un jueves sí y dos no, se acordaba a menudo de su buen amigo el Lobo. Nunca llegó a olvidarse de él. Creció, se hizo mayor, y seguía contando el cuento de Caperucita sin decir que ella era Caperucita y sin revelar que había sido muy amiga del Lobo.

Índice

Caperucita cuenta Caperucita	2
------------------------------	---